





Clases de natación o sólo nos bañamos juntos

Javier Herrero

ojo de agua - ambiente educativo

 Partida Racó de Pastor s/n, 03790 ORBA (Alicante)

 965.583.213 - 649.901.562

ojodeagua@telefonica.net

Clases de natación o sólo nos bañamos juntos

Javier Herrero

Durante la última semana del curso pasado tuvimos una excelente oportunidad que todos nos apresuramos a aprovechar. Me refiero a que pudimos disfrutar de una piscina. Lo cierto es que la inmensa mayoría de la actividad durante esa última semana se concentró en el baño. Fue una más que agradable forma de finalizar el curso. El disfrute y la diversión no faltaron.

Desde antes ya de llegar a la nueva casa, los miedos y temores adultos sobre el riesgo que suponía una piscina vacía (y también llena) comenzaron a encapotar el despejado cielo de la confianza con negros nubarrones cargados de miedo y desconfianza. Ante tal demanda de limitación a priori de acceso de los niños al área de la piscina, los adultos del equipo argüimos que -una vez que experimentáramos cómo era el espacio y cómo nos movíamos todos por él- ya decidiría la Asamblea qué limitaciones se acordaban. Pero, en todo caso, después de vivirlo; no antes.

Así hicimos. Llegamos a la casa, los niños y las niñas corretearon por todos los sitios, incluyendo el área alrededor de la piscina. Sin que nadie hubiera dicho nada, los adultos del equipo -en esos primeros días- estábamos muy atentos a esa zona cuando alguien se acercaba por allí. Tan es así que -en una ocasión- cuando me acerqué a dos niñas que, desde el borde de la piscina vacía, espiaban sigilosamente a las ranas que se camuflaban entre el verde lodazal de agua estancada cuatro metros más abajo (las dos se encontraban arrodilladas en la corona de la piscina), cuando me acerqué por detrás, muy lentamente, para no interferir, una se dio la vuelta y me preguntó: "¿Por qué vienes siempre que nos acercamos a la piscina?"

En las primeras semanas, vimos cómo quienes se acercaban a la piscina vacía lo hacían con cuidado y conciencia del riesgo. Nadie demostró un comportamiento temerario. Personas que en otros lugares más seguros molestaban o empujaban, allí no lo hacían. No hubo -en esos primeros días ni en los dos meses que permanecimos en ese espacio- ni un solo motivo para que nadie se sintiese alarmado. No hubo ni una sola queja, formal o informal, sobre molestias o actitudes peligrosas en ese área. Lo que me trae a la mente la experiencia de Daniel Greenberg cuando afirma que "es central al concepto de la escuela la idea de que los chicos pueden aprender a tener juicio sólo si se enfrentan a problemas del mundo real. Sentimos que la única manera en que los chicos puedan llegar a ser personas responsables es siendo responsables de su propio bienestar, de su propia educación y de su propio destino" o esa otra reflexión de Mathew Appleton, houseparent durante 9 años en Summerhill School cuando afirma: "...lo que he visto que sucede en Summerhill es que cuanto más se confía en los chicos, más confían en sí mismos". Con el paso del tiempo, los adultos del equipo nos fuimos relajando viendo que todo fluía suavemente en los alrededores de la piscina incluso cuando se levantó la veda para la caza de la rana, en la que se inventaron todo tipo de artilugios y estrategias para dar caza a los anfibios que se mimetizaban en el fondo de la

charca. Pero las ranas fueron más hábiles. Nadie pudo apresarlas. Sólo cuando vaciamos la piscina cubo a cubo, pudimos atraparlas; y las mudamos a un pequeño estanque cercano.

Cuando la piscina estuvo llena comenzó otro capítulo muy diferente.

Nuevas peticiones adultas de limitación de horario y barreras físicas. Vuelta a empezar confiando en la espontaneidad. Como así fue. Sin que se pusieran de acuerdo entre ellos, siempre había un adulto del equipo en el entorno de la piscina durante toda la mañana (puesto que durante toda la mañana había una intensa y exultante actividad de baño). Nuevamente, dejar que los acontecimientos fueran sucediéndose, que todos tomáramos contacto con la nueva situación, permitió que todos encontráramos nuestro lugar en el conjunto.

Si algo ha significado para mí esta piscina llena (y el inmenso caudal de actividad y disfrute que ha ocasionado), si ha significado algo ha sido la constatación de que el baño, el agua, ha sido un interés genuino para la inmensa mayoría de las personas; un interés genuino, espontáneo. Nadie tuvo que convencer a nadie de que se bañara. Nadie lo intentó. Algunos se bañaron inmediatamente, otros esperaron a sentirse más seguros después de ver a sus compañeros chapotear; unos esperaron a ser acompañados por algún adulto, otros se lanzaron a agua sin más; todos –conscientes de sus limitaciones y posibilidades- encontraron su manera de disfrutar, aprender y manejarse en un entorno que representaba un cierto riesgo.

Alguien me dijo, el primer día que ya me encontraba rodeado de niños que colgaban de mis brazos flotando en el agua, me dijo sorprendido si también iba a ser monitor de natación. Pero mi experiencia ha sido otra muy diferente. En esa semana no me sentí ni mucho menos como un monitor de natación, sino como un compañero de baño y alegría. Me explicaré.

Ya tenía alguna experiencia anterior con mi hija mayor, Paula, quien a lo largo de los dos últimos veranos aprendió a flotar (y, en este último, a nadar) en un proceso gradual total y absolutamente autodidacta, esto es, sin recibir ningún tipo de instrucciones sobre cómo realizar las cosas. La experiencia con Paula y con el agua viene de muy lejos, puesto que con sus primeras semanas de existencia, sufrió la ineptitud de sus papás y, en dos o tres ocasiones quedó sumergida su cabeza en la pequeña bañera portátil que usábamos para el baño diario. Tras estos incidentes, la aversión al agua de Paula era más que evidente. No quería bañarse y sólo lo conseguíamos en brazos de su madre. Cuando un poco más mayor (ya andaba) bajábamos a la playa, Paula tardaba horas en decidirse por sí misma a mojarse los pies en la orilla, puesto que nadie le inducía a hacerlo, ni siquiera le ofrecía la posibilidad de meterse en el agua (por otra parte, opción evidente, con el mar enfrente a dos escasos metros), nadie le preguntaba: "¿No quieres bañarte en el mar?", algo que era obvio para quien estuviera atento a la actividad espontánea que desplegaba y las decisiones que tomaba. Con el tiempo, y con una radical ausencia de presión e inducción, fue tomando contacto con el agua del mar muy lentamente, pero con placer y alegría. En la piscina era otra cosa. Allí estaban las escaleras, que se

convirtieron en el reino de su actividad autónoma cuando ningún adulto se bañaba y donde podía disfrutar del agua con la habitual prudencia de quien sabe que puede tomar sus propias decisiones y encontrar sus propios límites. Adquirimos la costumbre de bañarnos -ella y yo- después de la comida, para que así su madre y su hermana menor pudieran descansar durante la siesta y aquellos ratos se convirtieron en momentos mágicos para mí. En primer lugar, porque bañarnos juntos significaba la posibilidad de establecer un estrecho contacto físico entre ambos y, en segundo lugar, porque a lo largo del verano fui testigo de una evolución lenta, pero precisa, en lo que a su autonomía en el agua se refiere. Como botón de muestra diré que comenzó el verano bañándose fuertemente agarrada a mi cuello con sus dos brazos y a las caderas con sus dos piernas; sin que permitiera que yo dejara de hacer pie, esto es, que sintiera la sensación de flotar siquiera a través mío. Un par de meses después, ya se sujetaba levemente con un brazo a mi cuello mientras nadaba y la arrastraba a lo largo de la piscina. Rigidez frente a soltura. Miedo frente a confianza. Por mi parte, al inicio de este proceso me propuse no forzar ninguna situación, sino esperar a ver qué demandas surgían de ella. Así, nunca le insté para que dejara de agarrarse, ni le indiqué que hiciera de una u otra forma. Si bien ponía límites en lo que a mí me afectaba (por ejemplo, “no te agarres fuerte de mi cuello, agárrate a mis hombros” o “si quieres que nos bañemos juntos tienes que tener las uñas de las manos cortadas porque si no al agarrarte tan fuerte me arañas”). Otra constante en este proceso era la ausencia de instrumentos de flotación (especialmente manguitos) puesto que considero que son elementos que impiden vivir la experiencia de “hacerse flotar a uno mismo” de forma activa. Con manguitos, no hay posibilidad de realizar ningún esfuerzo para mantenerse a flote; sin ellos, debe haber una actividad, un esfuerzo constante para mantenerse a flote. La contrapartida a renunciar al uso de este tipo de artilugios flotantes es la necesidad de un adulto disponible siempre que se desee bañar (cosa que nosotros ya habíamos pactado para todos los días después de comer). Otra limitación que me propuse fue la de ser un simple apoyo. Esto es, nunca la sujetaba con mis brazos, sino que era ella quien se sujetaba a mi cuerpo (a mi cuello, a mis caderas, a mis brazos, a uno de mis dedos al final del proceso). Y esto por dos motivos: primero, así renunciaba a ser un manguito humano; y segundo, de esta manera no había posibilidad de manipular su cuerpo ni las posiciones espontáneas que éste adoptaba en el agua. Al final de primer verano, Paula se sujetaba suavemente a mi brazo extendido mientras la arrastraba al nadar a lo largo de la piscina. Era evidente que al próximo verano se soltaría.

Al inicio del segundo verano, hubo una pequeña regresión puesto que durante los primeros días volvió a agarrarse con fuerza, pero poco después volvió a relajarse con su brazo estirado y relajado al final de cual su mano se asía suavemente a mi cuello. Entonces entró en escena un rulo, un churro, un palo de agua o comoquiera que se llame; este instrumento propició una mayor autonomía (el rulo suple la función del apoyo adulto con idéntica pasividad y por tanto coloca a la persona en una posición activa a quien desea flotar). La diferencia estaba en que el adulto ahora estaba lejos (si me despisto y meto la

cabeza debajo del agua y estoy sujeto a una persona, ésta puede dejar de adoptar una actitud de apoyo pasivo y sacarme la cabeza del agua, cosa que el rulo no hará; lo que demuestra que la diferencia entre ambas situaciones aparentemente tan similares no es baladí). El rulo supuso, pues, una mayor cota de autonomía. La otra gran novedad del segundo verano fue la moda de lanzarse desde el primer escalón de la escalera de la piscina a mis brazos. Esta fue la primera actividad que significó estar sola –sin apoyo alguno– en el agua durante uno o dos segundos. Nuevamente, he de reiterar que mi actitud era la de simplemente esperar a que sucedieran las cosas. Con esto quiero decir que no fui yo quien propuso esa actividad, sino que surgió espontáneamente de ella en el momento en el que se sintió preparada. Y aquí hay otro elemento relevante y es que era ella quien decidía las condiciones en las que se debía producir su lanzamiento: la distancia a la que debía colocarme, la posición estirada de los brazos, las manos abiertas, etc. A veces resultaba exasperante la reiteración, a veces pensaba en dar un paso atrás para que flotara durante un metro más, pero cuando esto sucedía, cuando no se cumplían las condiciones que ella marcaba, se enfadaba y aumentaba su inseguridad. De modo que intentaba cumplir sus condiciones a rajatabla. Al principio, la distancia era ridícula, no había perdido el contacto de los pies con el escalón cuando ya estaba agarrada a mi cuello; más adelante, con el simple impulso de los pies llegaba a mis brazos estirados sin necesidad de dar una sola brazada; finalmente, la distancia era mayor y requería de una brazada. Todo ello aderezado de sistemáticas vueltas atrás a posiciones menos autónomas. El segundo verano consistió en soltarse de esta manera. Y era evidente que el siguiente verano flotaría y nadaría.

Y efectivamente así ha sido. Este verano aprendió a nadar con ese incomparable disfrute de ver que lo logra por sí misma. Y hace un par de días, con la visita de una prima, aprendió a utilizar las gafas y el tubo de bucear, cosa que yo aún no se usar.

Me he extendido relatando esta experiencia porque éste era el bagaje que traía conmigo cuando me encontré la última semana del curso con una piscina llena y un montón de niños y niñas de diversas edades deseando bañarse. Quizá fue la casualidad, o la inteligencia de quien construyó la piscina, pero resultó que si bien en su parte más profunda se alcanzaban los cuatro metros, en la parte opuesta la profundidad era tal que los más pequeños podían “hacer puntillas”-más que hacer pie- y esto en un área suficientemente amplia como para que los que no sabían nadar (que eran mayoría) pudieran coexistir sin riesgo. Y me tiré a la piscina.

Y muchos vinieron detrás. Fue fascinante el primer día ver cómo cada uno iba buscando y encontrando el límite a su propia autonomía y capacidad. Los mayores se tiraban a bomba en las profundidades. Había los que sin saber nadar sabían que hacían pie y bajaban por la escalera en un plis-plas y se sumergían en el refrescante disfrute del baño. Los había que, aún sabiendo que hacían pie, continuaban por largo rato agarrados a los bajos de la escalera, que se convirtió en un lugar más que transitado y en el que hubo que poner algunas reglas funcionales, tales como “no se puede permanecer en los escalones para

no interrumpir la entrada y salida”; o como en el metro: “antes de entrar, dejen salir”; o “sólo salpicamos a los que desean jugar a eso”. Y por fin estaban los que ni sabían nadar ni se atrevían a hacer pie. De modo que la situación era tremendamente diversa. Pero, además, me encontré con que algunos niños traían sus propios manguitos y flotadores. En algún momento del pasado, igual se me habría ocurrido decir que nadie podría bañarse con manguitos (“¡¡son perniciosos para el desarrollo de la autonomía motriz, puesto que restan la experiencia activa de flotar!!”), pero por prudencia me callé. Eso sí, cuando alguno de los que no sabían nadar me pedían bañarse conmigo (y constantemente había uno o más dispuesto a ello) ponía como condición que para bañarse conmigo no se usaran instrumentos de flotación. Todos los que quisieron, aceptaron mi condición y en una semana se produjeron evoluciones espectaculares. Por ejemplo, había una niña con gran temor al agua que, al principio, sólo se metía conmigo. Dos días después, en un entorno relajado y de confianza en que todos saben encontrar los límites a su autonomía y capacidad, después de largo tiempo sentada en último escalón de la escalera, mojándose apenas hasta media pierna y de darse cuenta finalmente de que era capaz de hacer pie y –todo hay que decirlo- presionada también por los atascos que se formaban en la escalera para subir y bajar, por fin se atrevió a ponerse de puntillas en el agua y, finalmente, caminar por el agua. Cuando fue capaz de realizar aquella proeza (a sus ojos puedo asegurar que era una proeza; su risa, su relajamiento, sus gritos de alegría así lo atestiguaban) quiso mostrarla a todos. A todos iba diciendo: “Mira, mira, mira lo que hago”. No cesó de mostrar a todo el que pasaba por allí su nueva adquisición de autonomía en el resto de la mañana hasta que llegó la hora de irse y su madre acudió a recogerla y a ella también le enseñó, con más orgullo si cabe, su recién estrenado logro. Quienes no habían sido privilegiados testigos de su proceso, no daban mayor importancia a la cosa, incluso alguien llegó a contestarle: “Ah, pero si no vas nadando, si vas caminando”, ajenos –evidentemente- al proceso vivido por la niña. Por mi parte, intenté reproducir un rol de apoyo pasivo y sin expectativas (de que nadie aprenda a flotar, de que nadie aprenda a nadar, de que nadie logre soltarse o de que nadie logre ningún tipo de objetivo más que los que uno mismo desee marcarse) y, en consecuencia, sin presión para hacer nada más que disfrutar de estar juntos ofreciendo apoyo a quien lo solicita. Así, niños con diferentes grados de autonomía acuática me solicitaban para desarrollar actividades bien diversas. Unos, para tirarse a bomba en grupo, o nadar hasta lo más profundo para ver quién llega antes, o para ejercer de jinete marino e iniciar guerras subidos a mis hombros, o para bucear y recoger objetos hundidos en el fondo; otros, para que les acompañase hasta lo más profundo mientras nadamos juntos; otros, para bañarse y flotar simplemente... Una grandísima diferencia entre la experiencia privada que tuve con mi hija y la experiencia de la piscina con todos los niños es que cuando están juntos evolucionan, o se desarrollan, o aprenden, unos de otros. Por ejemplo, cuando a mitad de semana apareció una chica que sabía tirarse a lo profundo, todos los de edad similar acabaron la mañana tirándose como ella (a pesar de que los días anteriores había otros chicos mucho más mayores que también se tiraban)

cuando hasta entonces ninguno de tal edad lo había intentado. Otro elemento de gran relevancia fue la casi total ausencia de conflictos en la piscina. Sólo hubo algunas quejas por algunas salpicaduras aisladas (¿no resulta casi imposible estar en el borde de una piscina y recibir salpicaduras?) y por el intensísimo tráfico de la escalera en los dos primeros días. No deja de sorprenderme cómo los niños saben encontrar el punto ante situaciones de cierto riesgo en las que un pequeño tropiezo o un descuido pueden molestar grandemente a alguien.

Toda esta experiencia del baño y del agua me resulta de interés porque creo que entronca con algunos asuntos que definen nuestra experiencia educativa: el papel de los adultos, los intereses genuinos y las propuestas, la confianza en que todas las personas son capaces de encontrar los propios límites a su capacidad, el sentido del riesgo, el respeto y la no interferencia en la actividad del otro, la falta de expectativas y, consecuentemente, de presión, para lograr que otros logren objetivos que nosotros creemos interesantes para ellos, el respeto al ritmo de cada uno, la mezcla de edades, ...

Al final de esa semana, al finalizar el curso, me sentía contento. Por fin, había encontrado algo que podía ofrecer a los niños con total garantía de que era algo genuino en mí mismo, por fin había encontrado una propuesta honesta que hacer. Y llegué a pensar en ofrecer al inicio del curso siguiente un taller de natación "no directiva" o algo similar, pero finalmente he desistido de este propósito. He recordado la experiencia que cuenta Mauricio Wild, del Pesta, en relación a la música, por ejemplo. "Nadie da clases de música en el Pesta. Los chicos tocan y tocan. Y el sonido es infame durante meses y meses. Pero, finalmente, acaba sonando bien." Por otra parte, nadie me ha pedido que nadie le enseñara nada. Y sin embargo, el aprendizaje, el desarrollo, la evolución, se ha dado; se da. Toda esta experiencia también me ha servido para flexibilizar posiciones: los manguitos no son tan demoníacos y es posible compatibilizar experiencias de desarrollo activo con todo tipo de instrumentos. No sé muy bien por qué, pero Candela, de algo más de dos años, está ahora bañándose conmigo todos los días. Ella, como no podía ser de otra manera, tiene su propia forma de hacer las cosas. Le gusta bañarse agarrada a mi cuello con una mano y con la otra sujetarse al rulo en el que ejercita posiciones insospechadas. Le gusta tumbarse y mover los pies como si nadara a espalda, sentarse a horcajadas o apoyar las corvas de sus rodillas sobre el rulo, todo ello siempre sujetándose a mi cuello suave, pero firme, con su pequeña manita. Usa todos los instrumentos flotantes pero o no sabe que pueden permitirle flotar o no confía suficientemente en ellos aún, de modo que siempre se baña, con o sin manguitos, con o sin rulo, apoyándose en un adulto.

Esta es mi experiencia en este campo del agua y del baño. Quiero compartirla porque para mí ha sido muy valiosa. Y me preguntó si hay mucha diferencia entre aprender a nadar y otros aprendizajes que tanto nos preocupan. Me pregunto si aprender a nadar no es algo que debiera estar inserto en el currículum (aprenderlo puede ser una cuestión de vida o muerte). Me pregunto si seremos capaces de confiar en que nuestros hijos pueden aprender a nadar por sí solos (o a leer, o a calcular). Me pregunto si en las

escuelas sólo se deben enseñar elementos culturales o intelectuales y no de mera supervivencia, (como aprender a nadar o a cocinar) o funcionales (coser) o artísticos (cantar o bailar) o de cualquier otro tipo que un niño desee aprender. Me preguntó por qué. Me preguntó si seremos capaces de confiar en la guía interna de cada uno, expresada a través de sus más genuinos intereses. Me pregunto si de esta experiencia se deriva que tenemos que contar entre nuestra infraestructura con una piscina y si es así, porque no se cuestiona que esa infraestructura no esté disponible en los centros oficiales de aprendizaje y sí se cuestiona si nosotros no disponemos de esta o aquella infraestructura. Me pregunto cuál debe ser la función de la educación. Me pregunto qué contenido deben incluir los espacios de aprendizaje: me pregunto si –dado que se aprende en todos los sitios y a todas horas- no es posible que aprendizajes que estamos acostumbrados a que se produzcan en los centros de enseñanza al margen de la vida real no pueden darse en la vida real misma y procesos de aprendizaje que se dan en la vida real no se pueden dar en espacios de aprendizaje. Vamos, que no hay obligación de que uno aprenda a leer o a contar en las escuelas, que eso puede darse en cualquier momento y situación y que nuestra propuesta educativa no exime a nadie de tener que asumir la responsabilidad educativa para con sus hijos. Otra cosa es qué eligen los niños aprender cuando se unen con otros niños.

Estos días veraniegos mi hija mayor me pedía con intermitente frecuencia aprender a escribir. Con dificultad, pudimos llegar a un acuerdo sobre cuando dedicar el tiempo a ello. Ella me pedía nada más levantarse por la mañana (cosa que me extrañó, pues casi siempre que cogía su cuaderno para aprender a escribir por sí misma, lo hacía al final del día), pero a esas horas de la mañana yo trabajaba fuera de casa. Un día que estaba en casa cuando ella se levantó, me pidió, y acordamos, dedicar una media hora a que practicara la escritura. Elegimos un cuaderno, lo pautamos y le pregunté si quería escribir algo concreto o lo que yo quisiera. “Lo que tú quieras,” contestó. Como el día anterior habíamos sido invitados a celebrar el santo de una de sus amigas, escribí la siguiente frase: “Ayer estuvimos celebrando el santo de X.” “¿Te parece bien escribir esto?” “Sí,” respondió. Y se puso a ello. Escribió unas pocas letras, pero rápidamente se cansó y comenzó a mostrar más interés por afilar su lápiz con el sacapuntas que por escribir. En algunos momentos, preguntaba si el tiempo ya había terminado y yo le decía que no. Pero tampoco le forzaba a escribir. Unos días después, estábamos recopilando semillas de árboles y hubo que escribir sus nombres para guardarlos en diversas cestitas. Entonces es que pidió escribir los nombres. Y escribió varios de ellos con gran interés mientras yo le nombraba o indicaba las letras. Mi percepción es que esta actividad espontánea fue mucho más productiva, fructífera y placentera que la clase de escritura de media hora. Escribió los nombres de muchos árboles conocidos. También conversábamos al tiempo. Un rato antes, estaba separando un tipo de semillas de su respectivo peciolo. Lo hacía con cierta violencia y le pedí que lo hiciera con más suavidad, pues la semilla estaba viva y le conté cómo de cada semilla podría nacer un árbol. Enmudeció hasta un buen rato después, cuando me dijo: “Es como quitarle las garrapatas a la Chata, ¿verdad?” “No entiendo lo



que quieres decir," le contesté. "Igual que a la Chata le molesta que le quiten las garrapatas, también le duele a la semilla que le quitemos su rabito." Yo sonreí ante la ocurrencia, pero rápidamente me vino a la mente una palabra: analogía. Y así se lo dije. "¡Vaya analogía!" -y enseguida pensé- "¡Menos mal que no pidió clases de figuras literarias!"

Autodidacta, número 7, otoño 2003